

*nuevos lances y
picardías de
lola, espejo
oscuro*

*darío
fernández-flórez*



Lola es una hermosa mujer de vida alegre que no tiene demasiados escrúpulos.

Sus veinticuatro años pueden ser muchos más o muchos menos según le convenga: puede ser una adolescente descarada, o una mujer de serena madurez; puede ser ingenua, desgarrada o burlona, apasionada, divertida.

Es una mujer que sabe cómo conseguir de los hombres lo que quiere, ofreciéndoles lo que cada uno va buscando. Puede despertar su admiración o su deseo según lo requiera la ocasión; a ella sólo le importa disfrutar al máximo de la vida, y sabe bien cómo conseguirlo.

Darío Fernández-Flórez en 1971, al aparecer sus «Nuevos lances y picardías de Lola, espejo oscuro».

Los personajes, empresas, instituciones, entidades, sucesos y lugares que figuran en las páginas que siguen corresponden, según parece, a una realidad. A la realidad de Lola, no a la mía, claro está. Nadie podrá ofenderse, sin embargo, por sentirse aludido, pues la propia Lola cambió nombres, circunstancias harto evidentes y apariencias demasiado notorias. Por otra parte, recuerdo al lector que las acciones, palabras e ideas de todas estas gentes que andan por el libro no son tampoco mías, sino suyas. Por lo cual, como debe advertir un modesto transcriptor, rechazo toda responsabilidad si se produce alguna azarosa coincidencia.

D. F.-F.

Al doctor Manuel Marcos Lanzarot.

A su ciencia y a su conciencia. A su inagotable tenacidad en la lucha contra la enfermedad y la muerte. A su ancha comprensión del hombre. Y a su frondosa simpatía.

Las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos.

Ramón del Valle-Inclán.

PRÓLOGO

Decidí llamarlo por teléfono y busqué su nombre en la lista. Con pocas esperanzas, porque, antes, no figuraba en ella. Pero ahora sí, aquí estaba, con su dirección completa. ¡Ay! Mucho debían haber cambiado las cosas para no tener ya que ocultarlo, que guardarlo secreto y evitar así llamadas inoportunas. Como la que estaba naciendo de mi precioso dedo al girar el disco en aquel momento.

Tuve suerte, porque sonó su voz. Algo más ronca, sí, pero impaciente, nerviosa, como siempre.

—¿Quién es? Diga, diga.

—¡Hola! Soy yo.

—¿Y quién es yo?

—Lola. Tu Lola.

—¡Ah! Un momento.

Debió de ir a cerrar alguna puerta, dejando el teléfono.

O quizá quiso ganar tiempo.

—¿Qué Lola? Vamos a ver.

—*Lola, espejo oscuro*, hombre. ¿No me conoces?

—Sí. Tu voz me suena. Pero tú no te llamas Lola.

—Ya sí. Y tú tienes la culpa de ello.

—Como quieras... Bueno, ¿qué te pasa?

—Necesito verte.

—¿Verme? Te advierto que no vas a ganar nada con ello.

—No pienso pedirte dinero.

—La verdad, no lo decía por eso.

—Mejor es aclararlo.

—¿Eres rica?

—¡Vaya! Me defiendo.

—Cuánto me alegro.

Hablaba por hablar, claro, pensando mientras tanto en lo de la entrevista.

—Bien, ¿dónde nos vemos?

—No sé qué decirte.

—¿Ya no vas al bar del «Palace»?

—Hace años que no voy por allí. Resulta imposible aparcar y me aburre estar dando vueltas.

—¿Y si fuéramos a cualquier «whisky a gogó»?

—Déjalos para los yeyés. Ya soy viejo.

—Entonces, tú dirás.

Le dio unas cuantas vueltas al asunto y, al cabo, se decidió por el bar del «Mildford». Y allí quedamos, a las cinco.

Eché el resto, no lo niego. Me puse el «Balenciaga» azul, azul oscuro, porque ya no tiene un cuerpo para otros colores, y el abrigo negro, con el gran cuello de chinchillas. Maquillándome a fondo, pero con gran discreción, como ahora sé hacerlo, sin olvidar el «Miss Dior», que es mi actual perfume. ¡Ah! Y llevé la pulsera de esmeraldas montadas en platino, porque debe saberse que, con los años, me pasé del oro al platino, mucho más propio de mi actual condición.

Llegué a las cinco y media, pero él no estaba. La cosa me sorprendió, porque fue siempre hombre muy puntual. Escogí mesa, pues, un poco fastidiada al tener que renunciar al efecto de la entrada y pedí un cafelito para calentar el estómago. Mi llegada, como siempre, causó sensación. Pero tan sólo en el barman, los camareros y dos o tres parejas despistadas que se habían metido allí, en aquella hora temprana.

Tardó poco en venir. Bien entonado en elegantes grises, para jugarlos, sin duda, con sus canas. Pero más viejo, más calvo y cojeando más que antes. Aunque siempre delgado. ¡Dios! ¿Qué hará este hombre para no echar grasa a su edad? Pero, en fin, dejemos esto.

—Perdona. Madrid está inaguantable y ya no es posible llegar nunca a tiempo.

Pidió una «Coca-Cola», según costumbre, y se acomodó sobre su asiento, quedando un poco torcido, por lo de la pierna.

—Oye, estás guapa, pero que muy guapa todavía.

—Soy mucho más joven que tú, no lo olvides.

—Mucho no. Pero, bueno, no discutamos eso... Y veo que, además, demuestras una excelente situación...

—No es mala, no.

—Ya había oído decir ciertas cosas.

—La gente habla por hablar, y siempre con mala uva. Oye, pídemme tabaco, por favor.

—Para no perder la costumbre.

Encendí un pitillo, con un «Dunhill» de oro, y él bebió un trago de su vaso.

—Bien. ¿Qué te pasa?

—Ya ves. Quería verte.

—¿Y para eso has tardado varios años? ¡Anda! Desembucha pronto. Ya sabes que soy curioso.

Me solté el abrigo, para lucir el «Balenciaga». El escote, que siempre hace su efecto, no falló ahora tampoco. Las chinchillas cosquilleaban mi cara, y mi pelo, siempre ardiente, rojizo, bien cardado por los «Hermanos Blanco» brillaba sus lacas sin exageración.

—Además de verte, quería... quería hablar contigo de cosas literarias.

—¡No me digas!

—¿Te sorprende? ¿No soy, acaso, una criatura tuya?

—Pues sí. En cierto modo.

—Y, la verdad, me he cansado de serlo.

—¡Caray! ¡Qué tono!

Lo dije, sí, tan enérgicamente, que me observó un momento en silencio.

—¿Te ha molestado algo de mi libro? Porque, si es así, has tardado mucho en decírmelo.^[1]

—No me ha molestado algo. Me ha molestado todo. Todo el libro.

—¡Vaya, hija! Pues estamos frescos.

—Y me ha molestado porque tu Lola soy yo y no lo soy, al mismo tiempo.

—Claro. Es lo que suele ocurrir en estos casos.

—Y ya que me has lanzado al mundo literario, Lola ha de ser yo. Y yo Lola, ¿comprendes?

—No acabo de entender la cosa.

—No tengo luces para explicártela. Pero he tomado una decisión y quiero decírtela.

Fumé un momento, recogiendo mis fuerzas, porque no sabía cómo iba a caer la cosa.

—Ya que tú me has hecho Lola, *Lola, espejo oscuro*, he decidido serlo por completo.

—Sigue.

—Y escribir mi propio libro. El auténtico. El que tú no podrías escribir nunca.

—Esto se pone muy interesante, ¿sabes? La rebelión del personaje, etc., etc...

—Te advierto que no es cosa de choteo.

—Ni mucho menos.

—Bien. Pues, como digo, ahora voy a ser yo, yo solita, la que escriba mis cosas. Sin que me las apañe nadie.

—¿Y podrás hacerlo?

—Ahí te espero.

—O sea: que me necesitas.

—¿Es que crees que, de no ser así, te hubiera llamado para esto?

Se calló, un poco desilusionado. Porque la vanidad, hasta la muerte.

—Está bien. Tú dirás en qué puedo servirte.

—Mira, hablemos claro. No he venido a reprocharte nada, aunque pudiera hacerlo. Has tomado de mí lo que has querido, me has dejado los cueros al aire a tu antojo, mezclando muchas cosas, quitando allí, poniendo acá, haciéndome ser de esta manera o de la otra, según tu conveniencia. En fin, jugando conmigo a tu gusto literario, para sacar

de todo esto una mujer en la que me siento incómoda. Porque soy yo, sí, soy yo muchas veces, no lo niego. Pero enmascarada. Pues bien, ahora, para que lo sepas, voy a quitarme la máscara.

—Allá tú, Lola. ¡Oh!, perdona. Siempre olvido tu verdadero nombre.

—Y yo también. Lo olvido muchas veces, como todo el mundo. Tanto libro, tanta película, tanta historia...

Volvió a observarme un momento. Y se me antojó que, esta vez, brillaba en sus ojos, en sus ya casi viejos y cansados ojos, una luz de profunda ternura.

—Dime cómo puedo ayudarte.

—A mí, ya lo sabes, no se me da demasiado bien la escritura. Aunque he progresado mucho, no creas.

—Pues no te aconsejo que te escriba nadie ese libro. Se lo cargaran todo.

—Eso mismo pienso.

—Oye, mira. Acaso haya una solución.

—¿Sí? ¡Qué alegría!

—¿Sabes lo que es un magnetófono?

—Un chismecillo de esos que ruedan y ruedan, cogiendo todo lo que se dice. Un chivato científico, ¿no es eso?

—Algo parecido. Ahora, hija, están muy de moda en la literatura.

—¿Sí? Yo creí que lo usaban más bien los espías.

—Tú podrías utilizarlo, grabar allí lo que quieras.

—Y tú me ordenarías, después, ese lío. ¿No es eso?

—Pues sí. No se me ocurre otra cosa.

—Pero ¿no le meterás mano a lo que yo diga? Mira que te temo.

—Si tú no quieres, no. No le meteré mano.

—Vale la pena pensarlo. Aunque, la verdad, no sé si me acostumbraré al chivato.

—Te acostumbrarás. Estoy seguro. Se te dan muy bien las palabras.

—¿Verdad que sí?

—Pruébalo. Hazme caso. Yo te regalaré el magnetófono.

—Siempre acepto los regalos.

Después hablamos de otras cosas. Estuvimos un poco como en visita y, al cabo, nos separamos.

Capítulo primero

Martín el matutero

Ahora no estoy, no, luchando con una pluma «atómica» para escribir mis Memorias, como me saca Darío en su libro, sino cómodamente sentada en un sillón de mi tresillo, con el *whisky* delante y el magnetófono en marcha, silencioso. ¡Cómo cambian los tiempos!

A mí, la verdad, el aparatejo este no acaba de gustarme. Me da como miedo. Porque a una mujer de la vida, como yo, no le conviene un testigo semejante. Yo he dicho «blanco», por ejemplo, y, en cuanto me ha convenido he jurado y perjurado haber dicho «negro», porque ésa es una de las defensas del trato, y porque los hombres son tan tontorrones que, si les gustas, acaban por creérselo todo. De manera que siempre he temido el dejar rastros de mis palabras y, por eso, nunca escribo cartas. Lo de que en esta cintilla de plástico quede, pues, mi propia voz, no me convence. Por lo que voy a llamar a una mecanógrafa, para que, sin salir de casa, copie mis palabras en la máquina y, así, pueda borrarlas yo en la cinta inmediatamente. Ya que de un escrito sin firma me río yo, pero de mi voz charlatana no puedo defenderme.

Por lo demás, también me asusta otra cosa. Darle marcha atrás a las ruedecillas y escuchar esa especie de entre gorjeo y ladrido que sale entonces del aparato y que, por lo visto, es mi voz vuelta del revés. Que se transforma en algo estridente, horrible, que, ya digo, parece salir de la garganta de un exasperado gozquecillo y de un loro histérico al mismo tiempo. Oyéndolo, me entra como una especie de congoja, que me angustia el alma y me corta el cuerpo con un escalofrío.

Sin embargo, he de reconocer que este chisme es muy útil y que, si no fuera por él, no podría seguir adelante en mi empeño. Pues aunque al principio me quedaba fascinada mirándolo, como el pajarillo ante la serpiente, sin poder abrir la boca, ahora, tras unos días de prácticas, ni lo miro y, ayudada por el *whisky*, rajo lo mío y digo cosas que no me atrevería a confiar al más íntimo de los confidentes. Sintiendo después una especie de importancia al escuchar mi voz hablar sola, como si estuviera oyendo las palabras de una película en la que yo fuera la protagonista.

Yo, la verdad, no sé cómo empezar esto, aunque haya tela cortada para rato. Coger el hilo de mi vida sin repetir nada de lo ya dicho y entregado a la curiosidad de la gente. Que, vaya por delante, ha fantaseado lo suyo sobre mi persona. No es que me moleste que hablen de mí, aunque sea bien, como dijo aquél, pues no hay mujer a quien le disguste que se ocupen de sus cosas. Pero ¡vamos!, tampoco hay que despistarse tanto como se han despistado ciertas lenguas enredadoras.

Por otra parte, no ando muy fuerte de memoria. El alcohol y la vida que he llevado me han borrado muchas cosas, dejando otras, por el contrario, como clavadas. Recuerdo, por eso, muy bien, que conocí a Martín allá por el año de 1953, porque este acontecimiento coincidió con los comienzos del acortamiento de las faldas. Cosa que al parecer no ha concluido, ya que muy pronto va a llegar tal mengua hasta el mismísimo culo. Yo lo sentí mucho entonces, y más lo siento ahora, que debo enseñar aún más pierna. Pues ya se sabe que estas extremidades no son lo mejor de mi cuerpo, por tenerlas un tanto torcidillas, creo que de no haber comido lo mío, de niña, en el hospicio de Almería.

Conocí a Martín cuando lo de la falda. Que, ahora me acuerdo, fue, más o menos, cuando la muerte de Stalin, hecho de mucha menos importancia. Es decir, apenas cumplidos por mi parte los treinta, mejor dicho, los treinta y uno. En la flor de la edad. Más guapa y con un cuerpo mejor

que nunca. Pero sin un real, pues una inmobiliaria se encargó de liquidar mis ahorros. Por eso les tengo asco a estas empresas, y ya se verá más adelante lo que me ocurrió con los hombres de una de ellas.

Hecha, pues, una mujer de bandera conocí a Martín. Creo que fue una noche en «Riscal», adonde iba, ¡qué remedio!, por entonces y me parece que me lo presentó el mismo Alfonso Camorra que siempre fue amable conmigo. Andaban rodando entonces por allí una película y eso animaba el local hasta la madrugada.

Nuestro conocimiento no tuvo nada nuevo. Fue, más o menos, como todos. Palabras, bebidas, baile y cama, porque Martín era un hombre normal y no presentaba originalidad alguna, al menos en mi terreno. En general, los hombres se mueven con las putas dentro de lo que Juan, otro que fue amigo mío, llamaba pedantemente el área de la putería, que es un área muy limitada, según decía. Yo lo que sí sé es que estos conocimientos son un asco. Pues tan sólo te dejan algún dinero. Por eso, si en este caso lo recuerdo es por las aventuras y complicaciones que surgieron luego.

Martín era ancho, gordo y feo, como su coche. Pero también, como su coche, era bueno. Diré, pues, que tenía un «Volkswagen». Este nombrecito de la marca alemana me lo han escrito, pues yo no fui nunca capaz ni aun de pronunciarlo. El coche tenía un color ahuesado y Martín, con sus grasas, un tono macilento y poco sano. Pero su cara resultaba expresiva y ancha su sonrisa, con lo cual su fealdad podía hacerse incluso agradable. Por lo demás, era hombre alegre, zalamero y tarambana, como se demostrará más adelante.

Aquellos años eran todavía años de estraperlo en España. No se hablaba, como ahora, de exportaciones e importaciones, de turismo y divisas. Ni los periódicos la apestaban a una con esto de los planes de desarrollo y las estructuras económicas. Porque, ¡ay!, después, hasta las putas tu-

vimos que saber a la fuerza de materias sociales y económicas, para poder ligar con ciertos hombres que tan sólo hablan de estas cosas.

Martín era el dueño de «La Ilusión», una perfumería muy nombrada en ciertos medios madrileños, establecimiento que vivía del contrabando. Pues allí se encontraba siempre el último perfume, la última bisutería o la más elegante de las pijadas parisienses. A un precio muy elevado, claro, pues había que cubrir muchos riesgos. Por eso, la clientela de «La Ilusión» era una clientela muy mezclada, ya que lo mismo se veía ante su mostrador a una elegante marquesa que a una puta de las más tiradas. Incluyendo, también, a esos hombres que giran en torno a la aristocracia y a las putas, gente de más o menos mal vivir, y que, a veces, se confunden en la misma persona.

A todos se los traía Martín de calle. Pues sabía despertar la ilusión del lujo y de la mercancía extranjera como nadie. En cuanto entraba alguna mujer de importancia o algún otoñal caballero, de esos que tienen el bolsillo fácil, surgía Martín de la trastienda de «La Ilusión» y, sonriendo con toda la cara, les encandilaba con su género. En el que, por cierto, había muchas cosas que pasaban por francesas y que estaban hechas en España.

De vez en cuando, Martín desaparecía dos o tres semanas. Los clientes preguntaban por él, pero tenían que resignarse a ser atendidos por un tío suyo, que aseguraba que el sobrino andaba por ahí, en viaje de negocios. ¡Menudos viajes y menudos negocios! Si lo sabré yo, que, poco después de nuestro conocimiento, le acompañé en uno de ellos.

Creo que salimos de Madrid en el mes de marzo. Pasadas las fiestas de Navidad y de Reyes, que dejaron «La Ilusión» medio vacía. Bien abrigaditos, pues, tiramos en el «Volkswagen» carretera de Irún adelante.

Todo estaba nevado y hasta esas miserias traperas de Hortaleza parecían bonitas con el limpio engaño de la nie-